



DIFERENCIAS FILOSÓFICAS

CUATRO AÑOS ANTES DE LA INSURRECCIÓN

—Eres una unidad Devastadora, ¿verdad? —preguntó un humano a mis espaldas y en ese momento me paralicé; las manos me temblaban debajo de mi túnica.

Los cambios en el pueblo que se encontraba en las faldas del Monasterio Shambali eran mínimos desde mi última visita. A lo largo del camino principal había unos cuantos negocios animados como talleres de reparación y sastrerías especializadas en túnicas para viajeros ómnicos. En los callejones y calles aledañas se veían tiendas cerradas. Oficinas mineras. Algunos humanos bebían en las entradas mientras veían pasar frente a ellos a uno que otro ómnico.

Unos años atrás, un grupo de esos mismos humanos me había tumbado y me había dejado al borde de la muerte.

Con los puños apretados en mis mangas, dirigí la mirada hacia el humano que me había llamado por mi denominación y no dije ni una palabra.

—Eso pensé —declaró con alegría... el pequeño comerciante—. No había visto a... los de tu tipo en mucho tiempo. En las noticias dijeron que todos ustedes se habían ocultado.

—O que habíamos muerto a manos humanas —añadí. La sonrisa del humano perdió fuerza.

—No son muy populares que digamos. Bueno, no digo que sea lo correcto— aclaró con premura—. Pero... con todo lo que ustedes hicieron... y no me refiero a ti en específico... durante la Crisis, ustedes, pues...

Esperé a que continuara y, con muy pocas ganas, intenté rescatarlo cuando se quedó sin palabras.

—¿Hacemos que los humanos se sientan incómodos?

—Exacto —contestó con alivio.

“Lo suficientemente incómodos como para justificar la violencia”, pensé. Debería enojarme con él. En cambio, solo sentí hastío. Ya había tenido esta conversación incontables veces.

—¿Puedo ayudarte? —pregunté. Las palabras eran una reliquia de la cuidadosa instrucción de Mondatta.

—No —replicó—, ¡pero yo puedo ayudarte a ti! Lo que pasa es que me llegó un pedido nuevo de actuadores justo para tu tipo. Como eres un Shambali y todo eso, te haré un buen descuento.

Sonrió. Un tenue brillo dorado se asomó a través de su sonrisa.

A diferencia de muchos otros ómnicos, los R-7000 no son una obra humana. Anubis, el programa todopoderoso renegado y arquitecto de la Crisis Ómnica, nos creó en lugares secretos y luego nos desató por todo el mundo. Estamos diseñados para dirigir sus ejércitos irracionales; para cazar humanos. Estamos hechos para asesinar.

Solo había una manera de conseguir piezas de repuesto.

—Ya no soy un monje —afirmé—. Hoy dejé el monasterio.

—¿En serio? —cuestionó el comerciante; su mirada estaba enfocada en un punto alejado de mí, al final de la calle, bajando la montaña. Escuché unos pasos que raspaban el pavimento—. ¿Por qué?

“Porque Mondatta impone la carga de la paz sobre los oprimidos, no sobre sus opresores”.

—Diferencias filosóficas —dije en su lugar. Parecía la mejor respuesta.

—Vaya, pues ¡buena suerte y buen viaje! —expresó—. ¡Ah, hola! Bienvenido al Monasterio Shambali.

Me di la vuelta. Un peregrino ómnico deteriorado, con manchas anaranjadas por el polvo, marcas y abolladuras, avanzaba cuesta arriba a tropezones y pasó junto a mí.

Al verme con mi túnica, inclinó la cabeza en señal de respeto.

El dolor, la vergüenza que eso implicaba. Mi presencia en ese lugar le indicaba que iba por el camino correcto. Luché contra el impulso de decirle que no era así. Pero, incluso si lo hubiera hecho, no cambiaría la situación.

Observé al comerciante, que bajó los escalones mientras seguía hablando con el viajero y lo guiaba hacia su negocio. Codicia. Otro de los crímenes de la humanidad, aunque estaba lejos de ser el más terrible de ellos.

Suspiré y seguí por el camino hacia el pie de la montaña, alejándome del monasterio.

Y de mi hermano, Zenyatta, con quien había pasado estos últimos tres años soñando con la paz.

NOMBRES

TRES AÑOS ANTES DE LA INSURRECCIÓN

Un par de guardias humanos bloqueaban la sólida puerta de aquella celda. Tenían bastones aturdidores y una pistola colgaba de la cadera del hombre más grande.

—Les daré una oportunidad para que escapen —les advertí con la esperanza de que no lo hicieran.

Algunos grupos de humanos habían decidido que, a pesar de la Crisis, a pesar de tener conciencia propia, sus antiguos sirvientes ómnicos seguían siendo de su propiedad. Habían decidido que nuestra condición de seres independientes de alguna manera todavía era objeto de debate. Por esa razón existían las instalaciones de este tipo, donde retenían a los ómnicos hasta que decidían que el servicio a sus antiguos amos era el mejor de los usos de sus largas vidas.

Desde que abandoné el Monasterio Shambali ya había acabado con varias operaciones idénticas, pero siempre salían a la luz otras más, como si se tratara de una infección. Había venido a este lugar con la esperanza de liberar a los míos con el mayor sigilo posible. Por desgracia, tras encontrarme con la misma injusticia una y otra vez, mi paciencia con la paz se estaba agotando. Enfurecí, arrojé a un hombre por una ventana y llegué hasta este punto.

El primer guardia movió el bastón de un lado a otro. El arma rebotó en mi pecho y se produjo un estallido. Di un paso hacia él.

Pálido, el sujeto soltó el bastón y buscó la pistola. A sus espaldas, el otro humano intentaba abrir la puerta a toda costa para escapar. O tal vez para tomar un rehén.

“Maldita sea”.

El arma del guardia escapó de su mano luego de golpearla. Aunque el impacto fue ligero, estaba claro que le hice daño. Una vez más sentí el fantasma de la culpa, el peso de la mirada sombría de Mondatta sobre mí. Después llegó la ira. Los opresores no merecían el regalo de nuestro remordimiento.

La puerta se abrió de imprevisto y el otro guardia salió volando. La luz eléctrica se encendió de nuevo y alguien soltó un grito.

—Recuerda que pude haberte matado —amenacé al humano tirado en el suelo y me lancé por la puerta para desarmar al guardia.

“Oh”.

El sujeto calvo ya estaba inmóvil, tendido bocabajo sobre las baldosas. Salía humo de algunas partes de su ropa. No estaba del todo claro si todavía respiraba.

—Sé quién eres —aseguró una voz que provenía de un rincón de esa diminuta y austera habitación.

—¿Lo sabes? —pregunté con curiosidad. El ente ómnico era de una clase poco común, presentaba una personalización avanzada con funciones que pensé que no volvería a ver después de la Crisis. Su estatura era un poco menor que la mía, con ojos azules y orejas parecidas a las de un espigado conejo humanoide. Se había diseñado para acompañar a los niños, si no recuerdo mal, y tenía una batería integrada para cargar dispositivos y tomar fotografías.

—Sí —afirmó—. Eres el R-7000 que ha estado liberando ómnicos. Algunos de los otros esperaban que llegaras

hasta aquí.

—¿Y tú no?

—Yo me puedo cuidar por mi cuenta.

El humano logró balbucear algo cerca de mis pies.

—Te creo —admití—. ¿Qué le hiciste?

—Ráfagas eléctricas. No es para tanto.

—Creo que él no opina lo mismo. Dime, ¿por qué no escapas por tu cuenta?

La figura ómnica resopló.

—¿Abandonando a mis amigos? ¿Dejándolos con la esperanza de un rescate que quizá nunca llegará?

—Pero aquí estoy —respondí un poco desconcertado.

Me contestó negando con la cabeza, con un gesto pensativo.

—Los de tu modelo nos dieron órdenes durante la Crisis. Nos enviaron a morir antes de que fuéramos capaces de reflexionar.

Sentí un temblor en una mano, pero asentí.

—Entonces, ¿esto se trata de lo mismo? —cuestionó—. ¿Todavía buscas la gloria? ¿Aún te gusta darles órdenes a tus soldados?

—¿Todavía sigues a los niños como una mascota obediente? —repliqué de una manera más brusca de lo que pretendía.

Se rio a medias.

—Buen punto. Pero sabes que tengo razón. Los nuestros están a la espera de un salvador cuando deberían salvarse a sí mismos.

En esto estaba de acuerdo. Ese era el motivo de mi presencia. Había visto suficiente en este año de recorrido para entender que la mayoría de los nuestros depositaba su confianza en que Mondatta y los Shambali iban a rescatarlos. Parecía que la realidad, el hecho de que nadie vendría y que necesitaban alzarse por sí solos, era imposible de soportar.

No obstante, ahora alguien más pronunciaba las palabras que mi mente gritaba.

—¿Y si mueren? —pregunté. Ladeó su cabeza antes de responderme.

—Seguimos en guerra —recalcó—. No se detuvo por el simple hecho de que la Crisis haya llegado a su fin. La diferencia radica en que los humanos todavía están organizados. Nosotros no.

—Todavía no —señalé. Las palabras se sintieron como una promesa—. Entonces es momento de presentarnos. Me llamo Ramattra. ¿Y tú?

—No tengo nombre y no quiero ninguno. Puedes decirme "Sinnombre" si esto te resulta incómodo. ¿Qué significa "Ramattra"?

—Elegí ese nombre para honrar al primero de nuestra especie y lo conservo para recordar mis errores.

—Oh —contestó Sinnombre—. Si sacas a todos de aquí, entonces te acompañaré.

—¿Disculpa?

—Deberíamos ir por Zera. Ya verás por qué. Y si trabajamos por una causa común, deberíamos tener un nombre.

—¿No te parece hipócrita? —pregunté fríamente.

Solo se rio.

Mi mirada se centró en uno de sus costados; observé las marcas que tenía, donde una vez estuvo su número de modelo, su denominación. Si yo hubiera podido sonreír, lo habría hecho.

ARMAS BÉLICAS

DOS AÑOS ANTES DE LA INSURRECCIÓN

Les mostré el camino a mis acompañantes por todo el valle hasta llegar a una entrada metálica que estaba parcialmente enterrada entre gruesas losas de hielo y piedras. Permanecimos en silencio tal como lo hacen los humanos en los cementerios; en gran parte fue por la misma razón.

Llegamos al final de la entrada, que constaba de una plataforma de metal cubierta de hielo. Giré para ver a Lanet.

Sentí cómo su mente trabajaba a un ritmo más acelerado que el mío mientras ella analizaba la escasa tecnología visible en las instalaciones en este nivel. Aunque yo era un ingeniero aceptable, Lanet me hacía quedar como si fuera un niño humano con bloques de juguete.

—Sé dónde estamos —afirmó—. Arquitectura poco ortodoxa. Ausencia de medidas de seguridad humanas. Construcción generada por máquinas y para máquinas. Semejanza con la estética de tus diseños.

Levantó la vista.

—Un omnium. Creado por Anubis.

Solo hubo silencio. Coloqué una mano en los controles de la plataforma.

—Llevamos años tratando de optar por la no violencia, de coexistir con los humanos, de luchar desde las sombras solo contra las peores manifestaciones de opresión —señalé—. Y estamos perdiendo. Llegó la hora de probar algo nuevo.

Activé la plataforma y, tras una sacudida, descendimos hacia una gélida oscuridad a través de un hueco de hielo.

—De todos los ómnics que he traído a Null Sector —aclaré—, ustedes son en quienes más confío. Así que... es aquí donde me diseñaron, donde me crearon. Estamos en la cuna de los secretos más peligrosos de Anubis.

El pasillo llegaba a su fin cuando vieron la enorme fábrica subterránea.

—Los humanos nos niegan la igualdad porque lograron despojarnos de nuestro poder de una manera muy eficaz. Nos hicieron olvidar que, cuando estuvimos unidos, incluso si fue en contra de nuestra voluntad, fuimos capaces de llevarlos al borde de su extinción.

Este era el mundo generado por mi creador y juntos lo usaríamos para forjar un futuro nuevo.

—Es momento de inspirar a nuestra gente para que encontremos esa unificación una vez más.

LEVANTAMIENTO

CUATRO DÍAS ANTES DE LA INSURRECCIÓN

—Ramattra —me llamó Lanet; había vuelto a usar ese tono.

—No hay tiempo —expliqué mientras daba vueltas por el centro de control del omnium. En la parte inferior, las líneas de ensamble estaban activas y construían nuestro ejército robótico.

—¿Cómo que no hay...? ¡Avanzamos según tu plan! —espetó al tiempo que caminaba detrás de mí agitando los brazos—. Puedes atacar la ciudad que quieras, y elegiste a King's Row y decidiste que fuera ahora; y lo que quiero que entiendas es que los robots de los niveles inferiores del omnium no están listos. Son viejos, Ramattra. Están obsoletos.

—¿Tú crees que puedes diseñar mejores soldados que Anubis?

—Eso espero, porque queremos ganar y tu creador ya perdió.

Me aferré al borde de la mesa para no perder los estribos. Ella resultaba exasperante porque la mayoría de las veces tenía razón, pero ahora estaba equivocada.

—No podemos darnos el lujo de esperar a tener mejores soldados. Mira. —Activé el conjunto de pantallas frente a nosotros. Aparecieron imágenes y videos de Londres; era material que nuestras células habían recopilado a lo largo de los años mientras estaban activas.

Vimos obreros ómnicos que caminaban en fila hacia sus puestos de trabajo mientras guardias humanos los vigilaban con armas en mano.

—Siguiente transmisión —ordené; entonces las imágenes cambiaron.

Un centenar de los nuestros yacían en el suelo, encerrados en un sótano. Ese era su hogar; así lucían al final de otra ingrata jornada.

—Siguiente transmisión.

Era un vertedero.

—Y ahí estaban, tirados como la basura que los humanos creían que éramos...

—Lo sabemos —interrumpió Zera—. Ella no está diciendo que no debemos luchar.

Me estremecí. Era lo mismo que le había dicho a Zenyatta cuando nos conocimos, y no mucho tiempo antes de que casi hiciera que lo mataran.

—Danos una semana a Sinnombre y a mí —continuó Zera luego de interpretar mi silencio como titubeo—. Mi célula puede acabar con su red eléctrica y suministros de agua, y las sombras de Sinnombre son capaces de apoderarse de los túneles; de matar a cualquiera que sea tan estúpido como para bajar hasta allá. Y entonces, cuando estén debilitados, llegarás con tus robots y así tomaremos el distrito. O tal vez más.

Crucé la mirada con los ojos azules de Sinnombre en un rincón de la sala. Nadie más me conocía mejor, salvo mi hermano.

—Sabes que tenemos razón —intervino—. Nosotros construimos la resistencia juntos. Deja que los nuestros sean parte de esto. Permíteles que sean ellos quienes se levanten, tal como siempre lo hemos soñado. Una invasión no

despertará su inspiración; solo los asustará. Dudé de nuevo.

—No —respondí al fin—. A mi lado, Lanet golpeó la mesa con el puño.

—Ramattra, estos robots no son más que drones irracionales. ¡Están obsoletos! Son...

—Desechables —terminé su frase—. Y tú no lo eres. Los nuestros no lo son.

Los ojos de Lanet relucieron.

—De acuerdo —dijo al fin—. Pero estaré en la ciudad, me encargaré de supervisar el despliegue y estaré atenta en caso de desperfectos; y tú sabes que soy sensata, así que deja de discutir.

—Está bien —acepté—. Te quedarás en el Bajo mundo, donde nuestras defensas serán más resistentes.

Tras un instante, ella asintió y pude relajarme un poco.

—Con esta insurrección, les mostraremos a los humanos que somos más fuertes de lo creen. Estableceremos una fortaleza en una de las ciudades más crueles y crearemos un lugar seguro para nuestra gente. Les demostraremos a los ómnicos de todas partes que *este* es el momento de unirse a nosotros. *Ese* es el objetivo.

Volví a ver las imágenes del vertedero, donde yacían muchos de los míos.

—Es hora de que los ómnicos descubran cuál es el verdadero Null Sector.

EL MAYOR CRIMEN

DOS DÍAS DESPUÉS DE LA INSURRECCIÓN

—Un reducido grupo de terroristas ómnicos que se hacen llamar Null Sector —anunció Mondatta con pesar en el monitor que tenía frente a mí. El reportero humano ante la cámara asintió con un gesto de empatía dramática mientras mi antiguo maestro seguía hablando—. Los monjes de Shambali condenan este ataque a Londres. Nosotros buscamos la paz con la humanidad, no la violencia.

Mi mirada se centró de nuevo en las palabras que pasaban debajo de su imagen.

Cabecilla de Null Sector asesinada durante enfrentamiento en planta de energía.

La furia se apoderó de mí. Recordé a los ómnicos resignados en sus celdas, sentados a la espera de su libertad. Los extensos vertederos de los muertos.

Y ahora Mondatta deshonraba a Lanet, quien había muerto en la lucha por liberar a su gente. Alguien gritaba. Alguien golpeaba la pantalla con su puño. Alguien me rogaba que parara.

—¡Ramattra! ¡Por favor!

Me di vuelta con un puño en alto y Zera estaba ahí, inmóvil, sin hacer ningún intento por defenderse. Sin nombre, desde su rincón habitual en la vacía habitación, apartó los ojos de la pantalla para dirigirme una mirada dura; el dolor de lo que estuve a punto de hacer me paralizó por completo. La vergüenza me invadió.

Miré hacia la pantalla estrellada. Entre las marcas de la superficie dañada se alcanzaba a ver Mondatta, en una imagen intermitente y congelada, llamándonos traidores de los ómnicos.

Qué hipocresía.

—¿Saben cuál es el mayor crimen de la raza humana? —pregunté en voz baja. Zera clavó su mirada en mí y negó

con la cabeza.

—Ya tuve suficiente —advirtió antes de que yo la interrumpiera. Giré para mirarla de frente; la ira en mi interior se acumulaba de nuevo.

—¡La complacencia! —grité—. Buscan la paz por encima de todo e ignoran la injusticia porque para ellos es más cómodo. Quieren creer que mañana será un mejor día solo por el hecho de que esperan que así sea. La humanidad jamás nos ayudará. Tratarán de vendernos un diminuto lugar en su mundo o, en el mejor de los casos, nos ignorarán. Y lograron contagiarnos con sus debilidades.

Señalé a Mondatta sin verlo; ya no podía soportar su imagen de nuevo.

—Él se considera superior a nosotros. Igual que Anubis, Mondatta está enviando a nuestra gente directo a su muerte. Él debe pagar por esto y...

—Ramattra —intervino Sinnombre; al fin diría algo—. Estoy revisando los informes. Son muchos ómnicos los que nos condenan.

Toqué mi frente con una mano. Mis pensamientos irradiaban calor, se sentían venenosos. Necesitaba externarlos antes de que se volvieran en mi contra.

—Si los ómnicos eligen la muerte —maticé—, debemos quitarles esa opción.

Al principio, mis amigos no respondieron nada.

—¿Eso qué significa? —cuestionó Sinnombre categóricamente.

—Significa que construiré el ejército que Lanet deseaba —contesté—. Y que después buscaremos una manera de rescatar a nuestra gente, lo quieran o no. Lo merezcan o no. Si no están dispuestos a unirse a nuestra causa, encontraremos una forma de obligarlos.

—Ramattra, así no se hacen las cosas —acertó a decir Zera en un intento inútil por mantener la calma—. Sé que más ómnicos se unirán a nosotros cuando haya pasado la tormenta.

—Ya tuvieron oportunidad de hacerlo y eso le costó la vida a Lanet.

Zera cerró una de sus enormes manos formando un puño a su costado.

—Primero nos liberaste de una prisión ¿y ahora quieres que encerremos a los nuestros en otra?

—¡Si eso es lo que hace falta para que nos escuchen!

Sinnombre salió de su rincón; sus ojos ardían intensamente.

—Tú me dijiste —advirtió con voz baja y continuó—... me dijiste que esto no era por el control.

—Míranos —solté—. Luchamos contra los humanos con cuerpos que ellos moldearon para nosotros. Heredamos sus defectos, sus absurdas disconformidades. No tiene por qué ser así.

—¡A ti no te corresponde tomar esa decisión! —Sinnombre me contradijo dando gritos—. ¡Y yo no seré cómplice de esto!

—¡Entonces vete! —Tales palabras salieron disparadas sin control; fui incapaz de retractarme.

Sinnombre se enderezó.

—De acuerdo —respondió con calma—. De todos modos, ya pasé mucho tiempo lejos de mis sombras. Zera, ¿me acompañas?

—No lo hagas —le rogué.

—Entonces no sigas con esto —insistió Sinnombre. —Lo entenderás una vez que termine.

Sinnombre se acercó a mí y me dio unas ligeras palmadas en una mano; fue un gesto propio de los humanos. Un acto exasperante.

—Espero que algún día entiendas —indicó— que no tenías que luchar solo.

Y en ese momento Sinnombre y Zera se marcharon.

Me quedé en un profundo silencio durante unos instantes, sintiendo su ausencia, el insoportable peso del metal, el hielo y las piedras encima de mí. Era la tumba para nuestro sueño de paz.

Y entonces me puse a trabajar.